

por un limpia chimeneas del primero de mayo *.

— Esto será una prueba de mi profundo sentimiento, dijo Julian, y de mi resolución definitiva.

— Como vm. guste, señor, replicó el llaveró, encontraré con facilidad algun guñapo negro de cualquier tela que sea. Y ahora es preciso partir.

Julian le respondió que estaba pronto, y se adelantó hácia Geoffrey Hudson para despedirse de él. No se separaron sin sentimiento de una parte y otra; fué mas penoso sobre todo para el pobre caballerito, que habia concebido un afecto enteramente particular al compañero de que le privaban.

— A Dios, mi joven amigo, le dijo levantando las dos manos para tomar la de Julian, lo que le daba el aire de un marinero que tira una

Día de la fiesta de los limpia chimeneas en Inglaterra. Recorren las calles, cubiertos con vestidos bizarros, y bailando al son de los instrumentos. — Ed.

cuerda para alzar una vela : muchos en mi lugar se considerarían ultrajados, viendo que los dejan en una cárcel como esta, aunque sean antiguos servidores del rey, y hayan llevado las armas por él, al paso que vm. va á morar en una mucho mas honorífica. Pero, gracias á Dios, no le envidió la Torre; no le envidiaría ni aun las rocas de Scilly, ni el castillo de Carisbrook, que tuvo el honor de servir de cárcel al bienaventurado martir el rey, mi antiguo amo. A cualquier parte que deba vm. ir, le deseo todas las distinciones de una cárcel honorífica, y de salir de ella tan pronto como quiera Dios. En cuanto á mí, mi carrera está por acabar, porque sucumbo martir de la demasiada susceptibilidad de mi corazón. Hay una circunstancia de que le hubiera dado parte, mi buen señor Julian Peveril, si la Providencia nos hubiese permitido tener una amistad mas larga; pero esta confianza no conviene en el momento actual. A Dios pues, mi joven amigo, y testifique vm. en vida y en muerte, de que Geoffrey Hudson desprecia los reveses y las persecuciones de la fortuna, como despre-

ció muchas veces los sarcasmos malignos de un estudianton.

Al decir estas palabras, volvió la cabeza cubriéndose el rostro con un pañuelito, en tanto que Julian experimentaba cierta sensacion tragicómica, por la que al mismo tiempo se excita la compasion en favor del objeto que la produce, y una tentacion de risa que no se puede resistir. Al fin el llavero le hizo seña que le signiese. Julian obedeció al punto, y dejó al inconsolable compañerito en su triste soledad.

Cuando Julian iba tras su conductor por entre las numerosas revueltas de este laberinto de miserias, Clink le dijo: — Este caballerito Geoffrey Hudson es un abispado, y en cuanto á la galanteria un verdadero gallo de Bandam, viejo como es. He conocido una gallarda que le habia hecho morder el cebo; pero seria dificil adivinar lo que queria hacer con él, á menos que no tuviese intencion de conducirlo á Smithfield, y hacerle ver por dinero en un teatro de muñecos.

Animado Julian por esta franqueza, le pre-

guntó, si sabia por que iban á trasladarle á la Torre.

— Para enseñarle á ser cartero del rey sin autorizacion, respondió Clink.

No habló mas, porque se acercaban entonces al formidable punto central donde estaba tendido en una poltrona el comandante de la fortaleza, al modo del enorme Boa que cubre, segun dicen, con sus pliegues monstruosos, los tesoros subterranos de los rajahs del Oriente que guarda. Miró Julian con semblante sombrío y descontento, como el avariento mira la guinea de que tiene que separarse, ú el perro hambriento el hueso que dan á uno de sus camaradas. Volvió las hojas de su libro fatal de entradas y salidas para tomar razon sobre el traslado del preso, refunfuñando entre dientes: — ¡ A la Torre! ¡ á la Torre! ¡ Sí, es preciso que vayan todos á la Torre! Ahora es la moda. ¡ Ingleses libres en una carcel militar, como si no tuviésemos aquí cerraduras ni cerrojos! Espero que el Parlamento tomará en consideracion todo este trabajo de la Torre; esto es cuanto se me ofrece decir. Por lo demas, el joven no

ganará nada en el cambio, tengo este consuelo.

Acabando al mismo tiempo este acta oficial de registro y su soliloquio, hizo seña á los subalternos para que se llevaran á Julian, quien recorrió de nuevo los corredores oscuros que atravesó al entrar, y le condujeron hasta la puerta de la carcel. Allí encontró un coche de alquiler que debia llevarle hasta las orillas del Támesis, escoltado por dos alguaciles.

Le esperaba en la orilla un barco á cuyo bordo habia cuatro guardas de la Torre. Sus antiguos guardianes remitieron su persona á los que se hacian responsables en su lugar; pero Clink, el llavero, con quien habia hecho un conocimiento particular, no se despidió de él, sino despues de haberle remitido el pedazo de gasa que le habia pedido. Julian se le puso en el sombrero, en tanto que los guardas de la Torre cuchicheaban entre sí: — Está muy apresurado en tomar el luto, dijo uno de ellos; haria mejor en esperar que tuviese motivos para ello.

— Otros le tomarán tal vez por él antes que

tenga tiempo de tomarle por nadie, respondió otro de estos funcionarios.

A pesar de estos dichos por lo bajo, la conducta de estos nuevos guardianes para con él era mas respetuosa que lo habia sido la de los satelites de Newgate, y se hubiera podido llamar una cortesía fatal. Los empleados de las cárceles ordinarias eran, por lo general, groseros, porque trataban con pícaros de toda especie; pero los de la Torre solo estaban encargados de guardar criminales de Estado, es decir gentes que, por su nacimiento y fortuna, tenian derecho para esperar miramientos y los medios de recompensarlos.

Sin embargo Julian no dió mas atencion á este cambio de guardas que á la escena tan hermosa como variada que ofrecia á su vista el bello rio en que navegaba. Un centenar de barquitos, cargados de personas atraidas por el placer ú los negocios al Támesis, pasaron á poca distancia. Julian no los miraba sino con la esperanza, mezclada con algo de enfado, de que el ente que habia querido desquiciar su fidelidad por la oferta de su libertad, veria,

por el color de la señal que llevaba, cuan determinado estaba contra esta tentacion.

Era el instante de la plea mar, y un gran barco, que remontaba con rapidez el rio á vela y remo, se dirigia tan directamente hácia la que llevaba á Julian, que, al parecer, queria abordarle y volcarle.

— Preparar las carabinas, exclamó el gefe de los guardas de la Torre. ¿Qué quieren hacer estos pícaros?

Pero la tripulacion del barco grande, al parecer, reconoció su error; porque, de repente, mudó de direccion, y llegó al medio del Tâmesis, desde donde los marineros de cada bordo se desahogaron echándose unos á otros un monton de maldiciones.

— El desconocido ha guardado su palabra, pensó Julian, y yo tambien la mia.

Ademas le pareció que oia, al tiempo que los dos barcos se acercaban, una especie de gemido ú de grito ahogado; y cuando pasó el momento de confusion, preguntó al guarda mas próximo á él si sabia quien estaba en aquel barquito.

— Unos marineros de algun navio de linea que vienen á hacer locuras en el agua dulce, respondió el guarda; á lo menos lo supongo, porque solo ellos pueden ser bastante desvergonzados para tener la osadía de abordar una barca del rey, y estoy cierto no intentaba otra cosa el tunante que tenia el timon. Pero es posible, caballero, que sobre esto esté vm. mejor informado que no yo.

Esta insinuacion le quitó á Julian la gana de hacer nuevas preguntas, y guardó silencio hasta que hubiese llegado la barca bajo los sombríos bastiones de la Torre. Entonces pasó esta por debajo de un arco bajo y tenebroso, cerrado, por el lado de la fortaleza, con la puerta bien conocida, llamada puerta de los Traidores; era esta una reja con gruesas barras de hierro, por la que se podian ver los guardas y centinelas de planton, y el sendero escarpado que conduce desde el rio á lo interior de la ciudadela. Por esta puerta, cuyo nombre viene de esta costumbre, es por donde se hace entrar de ordinario en la Torre á las personas acusadas de alta traicion, ofreciendo

el Tamesis un medio secreto y silencioso de trasportar allí los personajes, cuya caída hubiera podido excitar la compasión, ú la popularidad dar que temer demasiada conmoción entre el pueblo. Aun cuando no hubiese habido motivo alguno para este temor, evitaban así turbar el sosiego de la ciudad, excusándose de pasar un preso seguido de guardas por las calles mas frecuentadas.

No obstante esta costumbre, dictada por la política, debe haber helado muchas veces el corazón del preso que, separado en algun modo de la sociedad, llegaba al lugar de su detención, sin recoger en el camino una sola mirada de conmiseración; y cuando al salir del arco tenebroso, desembarcaba en aquellos escalones de piedra gastados por las pisadas de los que habian sido agitados por las mismas inquietudes que él, y cuyo pie bañaba cada marea, si miraba delante de sí la subida rápida que conducia á una carcel de Estado gótica, y atras la parte del rio que la bóveda baja le permitia divisar todavía, debia muchas veces

advertir que dejaba tras de sí la luz del dia, la esperanza y aun la vida misma.

Mientras que el gefe de los guardas se hacia reconocer, Julian procuró saber por uno de sus conductores qué parage le serviria de prision.

—El que indicará el teniente, le respondió uno de los guardas.

—¿No me será permitido estar en el cuarto de mi padre, Geoffrey Peveril? porque no olvidó por esta vez pronunciar el nombre de su familia.

El guarda, viejo respetable, le miró como si estuviese admirado de una pregunta tan extravagante, y se contentó con responderle: — Imposible.

—A lo menos muéstreme vm. el lugar donde está detenido, para que pueda echar una mirada en la pared que nos separa.

—Lo siento por vm., joven, respondió el viejo moviendo la cabeza cubierta de canas; pero todas estas preguntas no pueden serle útiles; aqui no se conocen padres ni hijos.

Sin embargo, algunos instantes despues, el

acaso quiso, al parecer, ofrecerle la satisfacción que sus rigurosos guardas se habían propuesto rehusarle. Cuando le hacían subir el paso escarpado que conduce á la Torre llamada de Wakefield, una voz mugeril exclamó con un acento que expresaba á un tiempo gozo y dolor: — ¡Hijo mio, querido hijo mio!

Los mismos guardas de Julian parecieron enternecidos de este trasporte de una viva sensibilidad. Acortaron el paso y se pararon casi, para darle tiempo de levantar los ojos hácia la ventana de donde salía la voz de una madre desesperada. Pero la abertura estrecha estaba tan bien barreteada, que lo único que se pudo ver fué la mano blanca de una muger agarrándose á una barra cubierta de orin, como para sostenerse, en tanto que otra mano agitaba un pañuelo blanco que dejó caer, y al instante la ventana quedó, al parecer, desierta.

—Démele vm., dijo Julian al viejo guarda que le había levantado; tal vez es el último presente de una madre.

El viejo guarda extendió el pañuelo, y le

miró con la escrupulosa atención de un hombre acostumbrado á descubrir medios secretos de correspondencia en bagatelas al parecer insignificantes.

— Puede haber escritura de tinta invisible, le dijo uno de sus camaradas.

— Está húmedo, respondió el viejo; pero creo que esta humedad la produjeron las lágrimas; no puedo privarle de él á este pobre joven.

— ¡Ah! Coleby, le dijo su camarada en tono de reprension hecha con dulzura, si no hubierais tenido un corazón demasiado bueno, llevariais hoy otro uniforme que el de guarda de la Torre.

— ¿Qué importa lo que se pasa en mi corazón, respondió Coleby, y cual es el vestido que conserva el calor, con tal que cumpla con fidelidad mis deberes para con mi rey?

Sin embargo, Peveril estrechó junto á su corazón el gage del afecto de una madre que le había procurado el acaso; y cuando le hubieron conducido al cuartito, que le dijeron debía ser su morada solitaria mientras estuviese en la

Torre, se conmovió por este acontecimiento hasta derramar lágrimas, y no pudo menos de mirarle como una señal de que su desgraciada familia no estaba todavía totalmente abandonada por la Providencia.

Pero los pensamientos que ofrecen á la imaginacion el interior de una prision, y los acontecimientos que se pasan en ella son demasiado monotonos, y es tiempo que trasportemos á nuestros lectores á una esfera mas agitada.

FIN DEL TOMO CUARTO.

LIBRERIA DE ROSA.

AVENTURAS DE UN RENEGADO ESPAÑOL, por Arnaud. 4 vol. en-12.

Este libro es un episodio interesantísimo de las desgracias de los liberales españoles, donde se olvidan las opiniones, y solo queda lugar á la compasion, y al interés y simpatia que despierta en nuestro corazon el infortunio del proscrito. En cada capitulo se encontrará el lector con una historia completa, formando así las *Aventuras del renegado español* una rica galeria de medallones lindisimos. Allí se ve lo que difícilmente pueden contarnos los viajeros: las costumbres y usos familiares de los Moros; su vida doméstica, y sus relaciones personales; sus ceremonias y sus ritos, y hasta lo interior de sus casas y serrallos. Hace muchos años que no se ha publicado un libro, que mas divierta ni que excite mas la curiosidad, por la alianza que en él hace la verdad con los encantos del romance y las novedades de los libros de viajes. La sencillez de su estilo hace resaltar con mayor lustre la riqueza de las imágenes y el talento con que el autor ha reunido en sus pinturas las escenas mas atractivas y los mas bellos paisajes. La traduccion de don Francisco Maeztu es digna del original, recomendándose especialmente por lo castizo del language prenda en estos tiempos tan rara.

AVENTURAS DE NIGEL, por sir Walter-Scott, traduccion de don Pablo de Xérica. 4 vol. en-12.

Es superfluo cuanto se diga para recomendar esta novela. El nombre de su autor es el elogio mas completo que de ello hacerse pueda. Es una pintura fiel de la corte de Inglaterra bajo el reinado de Jacobo I.

BRAVO (el) novela veneciana, por Cooper. 4 vol. en-13.

La diferencia de costumbres, de lengua, de caracter, nada de cuanto hubiera menoscabado las fuerzas de un ingenio vulgar, ha menguado en esta obra la gracia y el vigor, con que el autor de *El Ultimo de los Mexicanos* y *El Piloto* se apodera de la imaginacion de los lectores, y hace de sus almas el eco fiel de las pasiones que quiere dar á sus personajes. Las góndolas y el Puente de los Suspiros de Venecia no interesan menos que las piraguas del rio Delaware y las rocas del canal de Inglaterra que tantas emociones han excitado en los romances de Cooper.